

CAPÍTULO XI

SUPLICIO Y MUERTE DE JERÓNIMO SAVONAROLA

Los mayores hombres de la historia no aciertan á exentarse de mil supersticiones anejas á la sociedad en que nacen y viven. El monje pertenecía por su ideal á nuestros siglos de libertad y democracia; por sus supersticiones, nacidas de un fanatismo natural á su época, estaba completamente adherido á la plena Edad media. Era, como esos árboles que, no obstante levantar la copa al cielo y enviar al cielo las esencias de sus flores, arraigan sus raíces en los senos de la tierra. Savonarola creía en la intervencion continua, directa, inmediata de lo sobrenatural en nuestra existencia; y de consiguiente creía con toda la fe de su alma y con todo el ardor de su temperamento en la revelacion excepcional y en el milagro diario. No comprendía, como nosotros lo comprendemos, que Dios rige al mundo por leyes, las cuales ni se derogan ni consienten privilegios y excepciones, como las imperfectas leyes de los hombres. Divina por su origen y por su naturaleza la inteligencia de Savonarola, no habia menester para ejercitarse en el pensamiento y alcanzar grandes previsionés mas que el desarrollo natural de sus facultades altísimas. Empeñóse en creer que la profecía celeste le ayudaba y le esclarecía; y en este empeño radicó la causa primera de su perdicion y su ruina. Indudablemente, al verse iluminado con aquellas ideas, de súbito amanecidas en su conciencia, y asistido por fuerzas inverosímiles, que le apoyaban en sus combates, no las estimaba propiedad suya, sino préstamo diario y continuo y constante de Dios á su alma. Y de aquí dos creencias que le sirvieron para perderle irremisiblemente; la creencia en el milagro y la creencia en la profecía.

Ya veremos cómo estas dos creencias le perdieron y le arrastraron al patíbulo. Un fraile francisco, sostenido por el Papa, predicó en Santa Cruz, á donde el Papa enviara varias de sus bulas contra Savonarola, sermón exaltadísimo, llamando al monje hereje, cismático, falso profeta, é impeliéndolo á entrar en el fuego con él para probar su doctrina. Entre las bárbaras costumbres de la Edad media encontrábase esta singularísima y extraña; la costumbre de creer que las cosas sagradas, benditas, predilectas de Dios, resistían al fuego y resultaban incombustibles. Las crónicas españolas cuentan que, en la competencia entre el misal romano y el misal gótico, sostenida en Toledo, cuando el cambio de nuestra liturgia nacional por la liturgia pontificia, sujetáronse los dos misales enemigos á la prueba del fuego, y salió incólume el nuestro, quemado el extranjero. La Edad media, personificándose en el franciscano, debía desafiar al espíritu de nuestros tiempos personificado en el monje Savonarola, que abría de par en par las puertas magníficas de la edad moderna. Si la supersticion, si el fanatismo, si las sombras de otros siglos no oscurecieran el disco clarísimo de la conciencia del fraile, rechazara tal prueba, sabiendo como debía saber la perennidad de las leyes naturales y su necesario é inderogable cumplimiento. Ultimo crepúsculo de la Edad media, como primero de la Edad moderna, tomó á la Edad media esa increíble supersticion, y de semejante mezcla con su doctrina y con su vida resultó lo que no podía menos de resultar, la derrota de quien no necesitaba para acreditarse emplear todos estos extraños medios, bastándole como le bastaba la verdad intrínseca y la pureza interior de sus grandiosas ideas. Mas, poned á un hombre cualquiera, por excepcional que parezca, en atmósfera de incienso, obligadle á oír de continuo la nota del órgano y el eco de los salmos, recluidle en silencioso claustro, cuyo pavimento se halle formado con piedras sepulcrales y cuyas paredes revestidas de figuras místicas, despertadle al son de la campana y hacedle vivir en medio de plegarias cuyo único asunto sea traer lo sobrenatural y lo milagroso y lo divino á la naturaleza; y al poco tiempo creará su alma, con todas sus facultades reconcentradas y extáticas, en la existencia y en la fuerza de excepcionales milagros. Savonarola creía que un espíritu profético le dictaba sus hondas previsionés, como Sócrates creía que un génio demoniaco le dictaba sus profundas ideas, como todos los

artistas y todos los poetas creen que una musa ó una inspiracion casi divina les dictan sus inmortales versos.

Además, no fué Savonarola quien aceptó el reto de la hoguera lanzado por Francisco de Pulla; fué el discípulo de Savonarola, que ha ilustrado su vida y la historia de Florencia con el célebre nombre de Fray Domenico. Este, contra el consejo y la opinion de Savonarola, prometió entrar en el fuego; y una vez dicha tal promesa, parecia imposible la retirada, semejante á vergonzosa fuga. Así los enemigos del profeta comprendieron seguidamente la situacion falsísima en que le colocara el ardor de su discípulo, y se apresuraron á facilitar la prueba del fuego, creyendo con razon que, empeñada entre él y su competidor, si iba á las llamas perdía la vida, y si no iba, el crédito y la honra. La cuestion fué creciendo en tales términos que llegó á los consejos de la Señoría y á los debates de las asambleas deliberantes. Y debe decirse en loor de unos y otros cuerpos que hubo en ellos quien se doliera con profundidad y se lamentara con elocuencia de verlos ocupados en aquellas inmundas brujerías.

Mas no tenia remedio: Papa, cardenales, aristócratas, reaccionarios, príncipes de Italia se empeñaban á una en que la prueba se hiciese á fin de que el fraile se quemase, y con el fraile se quemase tambien su abominada República. De estas maniobras criminales y pérfidas debe llamarse cómplice Savonarola mismo, su candor, su inocencia, su fe, pues creyó que el cielo no podia menos de acorrerle y acorrer á su representante con un verdadero milagro. Tal creencia le perdió. Mucho se trabajó por los arrabiati para que Savonarola mismo entrara en la hoguera; pero, por fin, decidióse que fuese el mantenedor único de la doctrina de Fray Jerónimo su discípulo Fray Domenico. Las gentes sensatas que hay en todos los pueblos, no acertaban á comprender cómo Roma respondía tenazmente á esta insana agitacion con pertinacísimo silencio, cuando los mas rudimentarios deberes la aconsejaban ahogar estas supersticiones é impedir estos espectáculos. Roma se proponia hablar, sí, pero despues que hubiera el fraile ardido en las llamas ó su doctrina desacreditádose en la opinion. A Florencia, deseosa de espectáculos, ninguna fuerza humana la contenia ya. Quien fuese capaz de frustrar su curiosidad, podia despedirse de su recinto. No se hablaba de otra cosa, ni en

las logias de la aristocracia, ni en las tabernas del pueblo. Francesco y Domenico llenaban con sus nombres respectivos la pública atencion; y ni uno ni otro podian retroceder en su camino ni renunciar á sus compromisos.

En la mañana del 7 de abril, dia destinado á la increíble ceremonia, Savonarola dijo una misa solemne y dirigió algunas palabras al pueblo. La ansiedad de este, y el fanatismo, á tales extremos se acercaban que pedian todos los oyentes de Savonarola, con descompasadas voces, entrar en el fuego. Por fin, sonó la hora señalada para la ceremonia; y aquella Florencia, por sus instituciones apercebida de antiguo á los saludables ejercicios de la libertad, dividióse ahora entre los que deseaban ver quemado al fraile Francisco y los que deseaban ver quemado al fraile Domingo, sin comprender que si los dos entraban, los dos serian consumidos en sus cuerpos y desacreditados en sus doctrinas. Hé ahí el error capital de Savonarola: no ver la fatalidad que reina en el Universo, la indiferencia con que el cielo y la tierra aplastan á quien se opone á sus leyes; y confiar, por el convencimiento que tenia de la pureza de su doctrina y del desinterés de sus móviles, en sobrenatural milagro hecho en su pro por Dios que mira y conoce hasta el fondo de las conciencias.

Por fin, los monjes de San Marcos y los monjes de Santa Cruz se pusieron en camino llevando á su frente, para que los custodiasen, armadas y sendas escoltas. El discípulo predilecto de Savonarola iba vestido de túnica roja, y llevaba una cruz blanca en la mano. Sonriente como si le aguardara un gran placer, sin una arruga en el entrecejo, sin una sombra en los ojos, sin una vacilacion en el paso, parecia que, en vez de marchar á la muerte, marchaba derechamente á desposarse con la mujer de sus ensueños, con la prometida á su corazon. Seguáles Savonarola absorto, con la capa pluvial en los hombros, el Santísimo Sacramento en las manos, los ojos extáticos en el arrebolado horizonte; y tras Savonarola venian los monjes de su comunidad en número de doscientos, recogidos en la profunda meditacion del caso, y diciendo, para que Dios los oyese propicio, religiosos salmos. La multitud que los oía, los acompañaba en sus coros; y este acompañamiento componia una melodiosa música, que creeriais exhalada de misterioso órgano. Era de ver aquella plaza: la multitud compacta llenando todos los espacios, todas las

ventanas, todos los tejados y extendiéndose sobre las puntas de las rejas, sobre los brazos de las estatuas, sobre los frisos de los edificios en actitudes apenas creíbles. La hermosa logia llamada de los Lanzis, con su arquitectura tan proporcionada y sus estatuas tan hermosas, tenía los franciscanos á un lado revestidos de sus oscuros sayales de estameña parda y á otro lado los dominicos con sus túnicas blancas y sus mantos negros. Delante de estos, trescientos hombres armados de todas armas, las cuales brillaban con singular esplendor; y junto á aquellos otros quinientos hombres con no menos vistosas armaduras; por los alrededores del palacio viejo, los soldados de la Señoría confundidos con los magistrados y con los gobernantes, todos envueltos en sus vistosos trajes; en el centro la hoguera de cuarenta brazas de larga y cubierta de leños, de ramas, de pólvora, de aceite; todo lo cual atraía las miradas de aquella muchedumbre que fuera de sí, enardecida por las mutuas conversaciones, exaltada por la natural impaciencia, moviéndose á impulsos de sentimientos religiosos y políticos, aguardaba, no solo una tragedia sin rival en la tierra, sino un milagro y una intervencion directa de los cielos.

El pobre Domenico, arrodillado en el duro suelo, plegadas las manos, puestos los ojos en la hostia santísima, tras la cual aparecía la cara mística de su sublime maestro, sobrecitado por la curiosidad pública, exaltadísimo al eco de los salmos penitenciaros que hablan con tales acentos de la inmortalidad y de la muerte, deseaba que llegase la hora de morir ó mostrar la santidad de su doctrina y la mision sobrenatural del sublime revelador que se la había mostrado. Despues de la misa, de las oraciones, de la predicacion, del paso desde la plaza de San Marcos á la plaza de la Señoría entre rezos y cánticos, de la salvacion alcanzada tras tantas amenazas y peligros, del espectáculo ofrecido por la heroicidad sin igual de Fra Domenico, Savonarola creia ver en los giros del aire, las alas blancas del Espíritu Santo, los coros angélicos que rodean al trono del Señor, el Padre y el Hijo inclinándose desde la eternidad sobre la tierra, la Virgen Madre lloviendo rosas místicas á fin de proteger y amparar á quien así sacrificaba la vida por mostrar su fe y por obtener la vision beatífica de todas las divinas hipóstasis en la eterna bienaventuranza.

Mientras Fra Domenico rezaba sus exaltadísimas oraciones y Fray Jeró-

nimo se recogia para meditar en todas estas sublimes ideas, el mantenedor de la doctrina opuesta á la doctrina de Savonarola, el fraile Francisco, no parecia por ninguna parte. Quien llegara en tal sazón al palacio de la Señoría, viera el apuro en que las gentes del gobierno se encontraban, próximas á uno de estos dos extremos: ó bien á presenciar cómo ardan irremisiblemente dos seres humanos, ó bien á presenciar, impidiendo tal holocausto y engañando la pública curiosidad, cómo el pueblo se lanzaba desapoderado sobre ellos y los hacia pedazos. Así es que todo se tornaba dilacion y excusa. Primero objetaron que el traje rojo del discípulo de Savonarola podia haber sido hechizado por su maestro, y pidieron que se lo quitara. Luego que se lo quitó, añadieron que todo el resto de su traje podia hallarse en el mismo caso, y le obligaron á mudarse de piés á cabeza en su presencia. A todo se allanaba el fanatizado apóstol; y su contendiente no parecia por ninguna parte. Para mayor escándalo excitaban los franciscanos á los dominicos á que se echasen al fuego, y les argüian de cobardes, cuando ellos no daban señal ninguna de sostener el premeditado reto, ni de apercibirse al aparejado sacrificio. Ya la paciencia de la multitud se cansaba; los gritos de los asistentes se convertian en sediciosas vociferaciones; el desórden levantaba por do quier esos oleajes de las muchedumbres mas temibles que los oleajes de la tormenta; y en la confusion y en la algazara los enemigos personales de Savonarola sacaran sus armas y se dirigieran á rematarlo, intento de seguro conseguido, á no impedirlo con fuerza y resolucion la guardia sacada del monasterio para su custodia.

A mayor abundamiento cayó una de esas lluvias torrenciales, que anegan con facilidad y rapidez las plazas y calles en los pueblos del Mediodía. Y ni un solo espectador se movió de su sitio, aunque todos padecian de igual impaciencia. Viendo que ya no quedaba excusa ni refugio, pidieron los franciscanos que Domenico dejara la cruz traída en brazos; y la dejó. Pero como pidiera este entrar en el fuego con el Santísimo Sacramento en las manos, armóse una terrible disputa entre ambas comunidades sobre su pretension. Los franciscanos decian que Savonarola, al sostener aquel propósito de su discípulo, queria quemar la hostia consagrada, mientras el discípulo y el maestro sostenian con las argucias teológicas propias de los siglos medios, que arderia la forma, pero no la sustancia de la hostia. Sobre todo, sostenia